

# EL PASAPORTE

AHORA tengo que decir adiós al compañero mío, al amigo mío que sin remedio va a morir porque ya no le cabe renovación, porque estaba escrito: "Este pasaporte caduca definitivamente..." Y aquí la fecha ya última, inexorable. Está entre mis manos, cuaderno de tapas verdes como la esperanza. Y es verdad que empezó siendo una esperanza, talismán, llave maestra para las puertas de lo largamente soñado. En sus páginas primeras, sin enmienda ni raspadura, alzabase la personalidad de su amo con aquellos rasgos que a uno le hacen ser un hombre determinado entre los demás hombres. Luego, su propio poder. No simple cédula para el trajín de andar por casa, sino documento solemne y grave que en las imaginaciones abundosas se asocia a consulados, a embajadas doradas.

Pero no lo voy a perder del todo, no consentiré, que él me deje para siempre. Si caducado en su vigencia legal, lo quiero archivo y fe de la memoria mía, crónica andariega. Paso las hojas numeradas y me hablan con su tinta violeta o azul los sellos aduaneros. De Fuentes de Oñoro a Vilar Formoso, abecedario del aprendiz de emigrante porque entre Portugal y España la raya es más delgada que en parte alguna. Del puesto montés de Dancharinea a la bandera tricolor del otro lado. Toda una retahíla de nombres fronterizos -Apach, Jeumont, Ventimiglia, Brennero, Vallorcine... - con un eco de fonemas extraños, y de monedas que manejamos con torpeza, y de ruidosas botellas donde se delata el vino familiar, ya que no el sol que lo hiciera maduro.

Algo puede ser reliquia de tiempos peores -cuando aquellas pacientes solicitudes, buenas conductas, declaraciones de dinero-, porque más se estima lo que mucho cuesta; pero al pasaporte le llega su prestigio, sobre todo, por la vía de lo imaginado, ancha como ninguna otra. Es el hechizo de lo exótico, de tan seguro prendimiento en el corazón del hombre. La vida y la circunstancia de un payés de Gerona, de un ferroviario de Monforte de Lemos, Dios sabe con qué nimbo de lejanía llegarán, si por acaso llegan, a un mandarín de la China. Por lo mismo, hay nombres que en nosotros liberan un río de emociones cuya fuente original quizás esté en la primera Geografía de nuestra niñez. Y en la Historia. Ir a Flandes -con el pensamiento- valía más que quedarse de comunero en Castilla. Pero no tanto, claro está, como acompañar a Roger de Flor en la aventura impar de los Almogávares. Y no se crea que es cosa sólo de rapaces. Ámsterdam. ¿Por qué tantos narradores, dramaturgos,

cineastas, llevan a sus criaturas junto a los canales del Amstel? (Abro paréntesis de respeto para un prosista actualísimo -García Pavón- valiente hasta escribir novela policíaca con un protagonista que nunca se asomó al Támesis: el jefe de los municipales de Tomelloso.) Y la "casbah" de Tánger. ¿Y los crepúsculos de Estambul?

Estaba hablando de mi pasaporte amigo. A él vuelvo y en sus nombres me recreo. Pero aún más, y sobre todo, en las dos últimas páginas. Estas dos últimas páginas en blanco que habrán quedado sin diligenciar, pero no vírgenes inútiles, no desperdiciadas ni perdidas. Pues todas las evocaciones de lo realmente hollado no pueden valer lo que este misterio turbador de los países que no hemos conocido, de los atardeceres que no hemos visto, de las flores que no hemos gozado... De lo que pudo haber sido y no fue.

**Antonio PEREIRA**